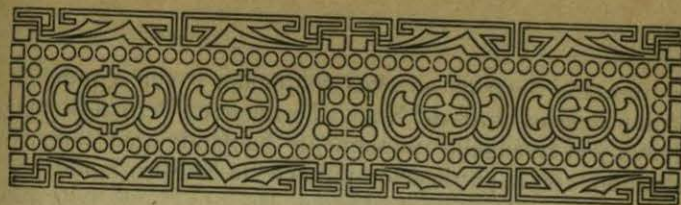


paisanos tuvo mucho que agradecer el Mesías, como luego veremos. Más tarde convencidos y persuadidos por el Maestro, se hicieron sus discípulos y le siguieron, sus primas hermanas hasta el pie de la Cruz, sus primos hermanos en la predicación del Evangelio, tres de ellos como apóstoles y el cuarto, José, como discípulo.

Mas al principio parece que no creyeron en él. Acostumbrados sin duda a conocerle trabajando, sudoroso y fatigado a su lado en pulir arados y zurcir cofres y banquetas, ¿cómo habían de imaginarse que aquel carpintero pudiese ser el Cristo, el Rey de Israel? Después ambiciosos y humanos le empujaban a que se lanzase resuelto por el camino de la gloria y se manifestase decidido en Judea, con toda su popularidad y su gloria. Todavía en la última Cena preguntaba Judas al Señor su primo: «y por qué has de manifestarte a nosotros y no al mundo?» como si temiese que se deshicieran todas sus esperanzas de reino terreno.

Pero en su lugar veremos su conducta y la de Jesús con ellos.



VIDA PÚBLICA

40. PRINCIPIO DEL EVANGELIO

(Mc. 1, 1-5; L. 3, 1-5; Mt. 3, 1-3.)



Ir a contar los hechos que tenemos que referir de la vida pública de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, San Marcos, que no cuenta en su libro nada de lo que ya, sacándolo de otros Evangelistas, hemos referido, comienza de esta manera tan solemne como familiar:

«El principio del Evangelio de Jesucristo Hijo de Dios fué, como está escrito en la profecía de Isaías: He aquí que yo envío mi ángel ante tu presencia, para que te prepare el camino delante de tí. Su voz clamará en el desierto: preparad el camino del Señor, rectificad el sendero por donde ha de pasar. En efecto, Juan el bautizador se presentó en el desierto, pregonando el bautismo de penitencia para la remisión de los pecados».

Momento sublime en que de verdad daba principio la Buena Nueva, el Evangelio, la publicación de la salvación por Jesucristo, que es lo que Evangelio propiamente significa.

Después este nombre se ha aplicado a cada uno de los cuatro libros en que cada uno de los escritores de la vida de Cristo expusieron la historia y el modo con que se publicó la Buena Nueva de la redención. Se dió este mismo

nombre a la doctrina en ellos contenida, y aun a todo el conjunto de los libros del Nuevo Testamento. Pero la Buena Nueva y el Evangelio propiamente hablando va a comenzar ahora con la predicación pública de Nuestro Señor Jesucristo.

Su prólogo fué, por decirlo así, la predicación de San Juan, el último de los profetas, el que anunció que el Redentor venía detrás, pero muy cerca, el precursor que en vez de vaticinar, como los profetas antiguos, «vendrá»..., contemporáneo del Salvador pudo, adelantándose a él un poco en su camino, decir al pueblo judío: «¡Ya viene! preparaos, arreglad los caminos! que se presenta ya! Es el Rey esperado, el Cristo anunciado, el Mesías anhelado, es Jehová, que os ha de levantar de vuestra postración! preparadle el recibimiento que se merece, preparad el camino a Jehová, que los valles se levanten y los montes y collados se abajen, que lo tortuoso quede recto, y lo escabroso llano. Porque todo el mundo va a ver la Salud de Jehová».

Llegaba el día en que había de cumplirse aquel vaticinio que el Padre de San Juan pronunció cuando al nacer su hijo se soltó su lengua:

«Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante de él preparando sus caminos, para dar al pueblo el conocimiento de su salvación, con la remisión de sus pecados» (L. 1, 76-77).

41. POSTRACIÓN DEL PUEBLO JUDÍO GOBIERNO. SACERDOCIO. FARISEOS. SADUCEOS

(L. 3, 1-2.)

Ya hacía falta que viniese. Profundo era el abatimiento del pueblo judío el año 779. «El año décimo quinto, dice San Lucas, del Imperio de Tiberio César (porque si bien había muerto Augusto hacía solo doce años, pero por una ley del Senado se había asociado más de dos años antes a Augusto en la administración de las provincias) era procurador de Judea Poncio Pilatos, tetrarca de Galilea Herodes, tetrarca de Iturea y de la región Traconitide el hermano de Herodes Filippo, y tetrarca de Abilina Lisantias. Eran príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás».

Situación humillante, en verdad, tanto en lo político como en lo religioso.

En lo político puede decirse que el pueblo judío había perdido de hecho la independencia, y que no conservaba más que sombra de nacionalidad y autonomía.

A las grandezas de los primeros Macabeos sucedieron las mezquindades y rencillas de los últimos; medio siglo antes de Jesucristo, Hircano y Aristóbulo, ruines nietos de esta magnífica familia, enredados en mútuas querellas tuvieron la imprudente debilidad de invocar el arbitraje de Roma. Desgracia terrible, porque el que una vez se sujetaba al arbitraje de Roma quedaba sujeto a él para siempre. Entonces enviado de Roma vino el General Pompeyo, quién falló a favor de Hircano, y lo apoyó con sus armas contra su hermano que no aceptó el fallo, expulsó a Aristóbulo, y puso a Hircano en el trono con nombre de etnarca de Judea, pero sujeto a la autoridad de los gobernadores romanos de Siria. Pompeyo con esta ocasión subió a Jerusalén, saqueó sus tesoros, penetró atrevido en el *Sancta Sanctorum* y tomó, como quien dice, posesión de lo más inviolable de Judea en nombre de Roma.

César, que luego venció a Pompeyo, dispuso de Palestina como si fuese suya. Dióla junto con el reino de Edom a un extranjero al Idumeo Antípatro, cuyos hijos Fasael y Herodes administraban el primero la Galilea y el segundo la Judea.

Cuando Aristóbulo escapado de su prisión de Roma volvió por las armas a pretender el reino que los Romanos le habían quitado, Fasael hecho prisionero murió suicidado a la fuerza, pero Herodes invocó de nuevo el auxilio de Roma, y gracias a sus legiones obtuvo después de tres años de lucha el título de rey de Judea. Duraba aún este reinado del bárbaro Idumeo Herodes el Grande, cuando nació Jesús. Este Herodes fué el que por librarse de un competidor quiso matarle en la cuna, y degolló a los inocentes.

Poco después de nacido Jesucristo, muerto Herodes, el Emperador Augusto dividió su reinado en cuatro reinados o tetrarquías, designando por tetrarca de Galilea a Herodes Antipas hijo del Grande, por tetrarca de Iturea y Traconitis a su hermano Filippo, y por fin de Abilina a un Ly-

sanas, cuya historia es bastante desconocida. En cuanto a la Judea ya sabemos que cuando Jesús volvió de Nazaret reinaba, también como tetrarca, Arquelao, hijo de Herodes, pero sus crueldades hicieron que los judíos y samaritanos se querellasen ante Roma. Augusto entonces lo depuso y desterró a las Galias, y en su lugar colocó un procurador que gobernase a Judea en nombre del pueblo romano. El primero de estos procuradores fué Coponio; el quinto en este año y en los siguientes fué Poncio Pilatos, hombre de esos que abundan, contradictorio al parecer consigo mismo: audaz, arrogante, duro e inflexible muchas veces, y al propio tiempo débil en no pocas ocasiones y condescendiente. Ya lo tendremos que ver.

El verdadero estado político, según esto, era una sujeción completa en la realidad a Roma, ora en Judea donde si bien quedaba a los judíos una sombra de derecho de independencia, en realidad todo lo hacía el procurador romano, ora en Galilea donde Herodes solo atendía a pasarlo bien y a no disgustar a sus verdaderos amos de Roma para conservar el mando.

No era más glorioso el estado religioso, que siempre había sido la principal grandeza de aquel pueblo, teocrático como ninguno.

Anás y Caifás eran sumos sacerdotes. Ya esto mismo indica una perturbación en la jerarquía. No debía haber más que un sumo sacerdote, y entonces realmente no había más que uno solo que era Caifás; mas el Evangelio nombra dos, porque en efecto, en la idea del pueblo judío había dos sumos sacerdotes.

Era que los gobernadores romanos no contentos con imponer el yugo al pueblo traspasaban los dinteles del templo y ponían y quitaban a su placer aun los príncipes del sacerdocio. Anás, hombre habilidoso como pocos, y afortunado en Jerusalén, había obtenido el sumo sacerdocio desde el año 6 al 16 de Jesucristo. Pero depuesto de nombre por Valerio Grato, antecesor de Poncio Pilato, no lo fué de hecho ni en el concepto del pueblo, y puede decirse que siguió siendo el Sumo Sacerdote de Israel durante el pontificado de sus cinco hijos, influyendo sobre todo en su

yerno Caifás, que ocupó este puesto desde el año 18 al 36, pero que no hacía sino lo que le inspiraba su suegro el viejo y marrullero maquinador. Caifás ejercía las funciones, pero tanto y más que Caifás mandaba y gobernaba su suegro, que, según parece, era también el presidente del Sanedrín o senado de los sacerdotes.

Como quiera que sea, perversos lo mismo Anás que Caifás e interesados, más que el bien religioso, nunca más importante que entonces, procuraban su propio provecho y engrandecimiento, como veremos. Malos sacerdotes tenía el pueblo de Israel cuando iba a venir a ellos el Cristo, que los había de arrojar del templo a latigazos.

En cuanto á los demás directores de Israel, puede considerárselos divididos entonces en dos grandes bandos, que en la historia de Cristo han de salir y figurar muchas veces: los Fariseos y los Saduceos.

Los Fariseos tenían este nombre porque se lo habían dado; en hebreo significa lo mismo que *separatistas*, porque en su trato procuraban vivir separados de toda persona que a ellos les pareciese poco observante de la ley. En un principio se habían llamado *Haberim* o asociados y luego más tarde *Hasidim* o piadosos, y en fin, se quedaron con el nombre de Fariseos.

Cuando vueltos los judíos de la Cautividad de Babilonia al reedificar a Jerusalén, se veían precisados a tropezar con los gentiles o Judíos apóstatas que habían quedado en Judea, Esdras y Nehemías exhortaban instantemente a los Judíos a que no se mezclasen con ellos. Este espíritu que era el de la Ley, exagerado en algunos casos, más de lo que convenía, fuese acentuando mucho en algunos y de una o de otra manera, que es oscuro y lo dejamos a los eruditos, brotó de él siglo y medio antes de Jesucristo una especie de clase, sociedad o partido que se preciaba de interpretar con toda exactitud la ley.

Admitían y recogían con todo cuidado las tradiciones orales, y como por desgracia ni eran infalibles, ni rectos de corazón, sino muy presuntuosos, fueron prefiriendo muchas veces a la verdadera ley las tradiciones que ellos habían descubierto ó pensaban descubrir. Con lo cual fue-

ron formando un Código y una religión suya, recargadísima de preceptillos, reglitas, fórmulas y minucias, entre las cuales desaparecía la santidad de la Ley y la verdadera religión y virtud.

El conjunto de las tradiciones que respetaban los Fariseos está reunido en el Talmud, fárrago interminable de pueriles observaciones, mezquinas añadiduras, y comentarios vanos de la Ley, imposible de aprender, cuanto menos de observar, a ningún hombre.

Todo lo contrario de los Fariseos eran *los Saduceos*. Por esa ley del espíritu humano, de que, donde quiera que hay una exageración, brote al poco tiempo la opuesta, los Saduceos a fuerza de burlarse de los Fariseos y de sus fórmulas y tradiciones avanzaban al extremo opuesto, y no ya las tradiciones, sino la misma Ley descuidaban y despreciaban, sin escrúpulo de mezclarse con los paganos y seguir sus costumbres.

Regalados, cultos, mundanos y escépticos, llegaron hasta negar la inmortalidad del alma y la verdad de la resurrección y de la otra vida. Patria, religión, ley, tradiciones, así fuesen, no las farisáicas, sino las más santas y verdaderas les importaban bien poco, con tal que ellos prosperasen, hiciesen fortuna y obtuviesen el favor del poderoso, para lo cual se acomodaban fácilmente a cualquier gobierno que los dejase prosperar.

Así como los Fariseos por la tradición olvidaban muchas veces la ley o la desnaturalizaban, así los Saduceos por despreciar la tradición despreciaban muchas veces la ley misma y sus doctrinas más santas.

Los Saduceos eran de la clase más rica y elevada de Israel. Los fariseos pertenecían más bien a la clase media.

En cuanto a *los Escribas*, que también han de figurar mucho en nuestra historia, si bien en el Evangelio muchas veces suenan lo mismo que Fariseos, o parecen unidos a ellos, no eran sin embargo de suyo ni Fariseos, ni Saduceos; eran propiamente los que explicaban al pueblo el sentido de la ley, traduciéndolo al lenguaje corriente y explicando su sentido.

Oficio primero éste de los profetas, cuando los profetas desaparecieron cayó en manos de los *Soferim* o Escribas que suplieron a aquellos en la sinagoga. Sin ser sacerdotes, ni estar en el templo dedicados al culto eran los maestros que de oficio explicaban la Ley en todas las sinagogas.

Por desgracia en vez de conservarse en el justo medio de la Ley entre los Fariseos y Saduceos, despreciados por los Saduceos que cuidaban bien poco de su exégesis de la Ley, se fueron casi todos inclinando a los Fariseos, y explicaron más bien las minucias y ridiculeces de sus tradiciones que la verdadera Ley. Por lo cual los veremos muchísimas veces intervenir en la historia contra Jesús al lado de los Fariseos y como si ellos mismos fueran Fariseos, como en general lo eran ya todos en tiempo de Jesucristo.

Los Sacerdotes y príncipes de entonces, Anás y Caifás y sus parientes todos, eran del partido materialista y escéptico de los Saduceos.

El resto del pueblo gemía como ovejas sin pastor, privado de quien los guiase por el recto y justo sendero de la ley, oprimido por la avaricia y sensualidad de los Saduceos y por la estrechez y multitud de formalismos con que los Fariseos le obligaban a proceder en cualquiera de sus acciones, al salir de casa, al ponerse a la mesa, al ayunar y sobre todo al observar el sábado.

Por fortuna estaba ya cerca el Salvador que los había de redimir de su esclavitud.

42. EL PRECURSOR

(L. 1, 80; 3, 1-6; Mc. 1, 1-6; Mt. 3, 1-6.)

Mientras Jesús Nazareno trabajaba y crecía en su taller, lejos de él y sin conocerle, también su primo «crecía y se fortificaba en espíritu en el desierto hasta el día en que debía mostrarse al pueblo».

Probablemente sus padres, que cuando él nació eran ya ancianos habrían muerto dejándole huérfano muy joven y tal vez niño. Quizás ni le pudieron explicar lo que con él en su nacimiento había pasado, ni revelarle lo que eran Jesús y María. No sabemos cuándo, pero muy joven debió

Juan retirarse al desierto de Judea cercano al sitio de su nacimiento.

Por *desierto* o *midbar* se entendía entre los judíos toda región que aunque no fuese del todo desierta ni estéril, no estuviese cultivada.

El Midbar de Judea donde Juan moraba, estaba formado por las vertientes orientales de las montañas de Judá al Oeste del Mar Muerto y del Jordán. No era ciertamente un jardín, ni una huerta, ni siquiera estaba cultivado, pero no por eso carecía de vegetación apta para el ganado menor.

A veces, con las lluvias de primavera, el suelo se cubría de una vegetación rápida y viva, verde yerba salpicada de multitud de flores silvestres vestía el campo; algunas fuentes que por varios sitios brotaban, embellecían en particular algunos trozos, que acaso serían los que la Escritura llama *speciosa deserti*, las hermosuras del desierto, cubiertos tal vez de algunos árboles, cedros y palmeras o por lo menos de arbustos y de yerbales aptos para cobijar, no sólo víboras, escorpiones y serpientes, sino aves, palomas torcaces, cabras silvestres, gacelas y chacales. En las vertientes de las rocas, entre las malezas que de sus grietas brotaban anidaban tranquilos muchos pájaros, y en las queiebras de las peñas y huecos de algunos árboles formaban sus panales mil enjambres de abejas. En verano saltaba la langosta en bandadas por todas partes entre la retostada yerba. Series de colinas surcadas por regatos secos, grutas salvajes y quebradas abruptas daban lugar a esconderse en ellas de todo comercio humano en la más absoluta soledad.

No sabemos cómo, pero allí creció Juan esperando su hora. Según había dicho el ángel, y conforme a la costumbre de los Nazarenos, no probó vino ni sidra, ni se regaló con ninguna delicadeza. «Langostas y miel silvestre eran su alimento» y tal vez los mezquinos frutos salvajes que la tierra inculta de suyo producía, sazonado todo con el agua de sus fuentes. Es verdad que en Palestina y en otras partes es usado el comer las langostas del campo, cosa que á nuestras costumbres parecería imposible.

Llegaba, pues, ya la hora en que el Carpintero de Naza-

ret tenía que salir al mundo a dar la buena nueva del Evangelio, y el momento de la profecía del Angel que Juan «atraería muchos de los hijos de Israel a su Dios y Señor, que saldría ante él con el espíritu y poder de Elías...», para preparar así al Señor un pueblo perfecto».

Y llegado el momento «vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto, y salió Juan Bautista por toda la región del Jordán predicando en el desierto de Judea el bautismo de penitencia para remisión de los pecados, y decía:

«—Haced penitencia! que se acerca el reino de los cielos».

La conmoción que indujo aquel Santo fué inmensa.

«Traía un vestido de pelo de camello, y una faja de cuero rodeaba su cintura». Además su aspecto penitente, su vida austera, su fervor divino, su elocuencia sobrenatural manifestaban sin duda ninguna que era un hombre extraordinario, un nuevo Elías, un profeta y más que profeta, y como dice San Juan, «un hombre enviado de Dios para dar testimonio de la Luz. No era él la Luz, pero venía a dar testimonio de la Luz».

Por añadidura aquel año debía ser año sabático, es decir, el séptimo año de las semanas de años que los judíos solían contar, para que en él se dejase descansar la tierra sin que se la cultivase, dando lo que de ella espontáneamente nacía a los pobres. En este año se perdonaban las deudas, y el pueblo, más descansado de sus tareas agrícolas, atendía, pues lo podía, con mejores disposiciones a los actos de religión y de piedad.

Así que cuando se extendió la noticia del profeta que en las orillas del Jordán había aparecido predicando perdón y penitencia y bautizando en un río de tan santos recuerdos, corrió a él toda la gente de los pueblos de Judea vecinos al Desierto, y luego toda la gente de la capital, los Jerosimitanos, y en fin, todos los moradores de las riberas del Jordán, y todos ellos confesando sus pecados recibían el bautismo de manos del Bautista en las aguas del río.

43. EL BAUTISMO DE JUAN

(L. 3, 3; Mc. 1, 5; Mt. 3, 5-6.)

Siempre en la Ley estaban prescritas muchas purificaciones y lavatorios como ritos religiosos. Los fariseos entre sus prescripciones habían añadido otras muchas a las legales.

Sin embargo, el Bautismo de Juan era una purificación distinta de las antiguas y nueva, de tal modo que por él San Juan obtuvo el nombre de Bautista con que todas las gentes lo llamaban, según consta, no solo por el Evangelio, sino también por Joséfo.

Este bautismo o lavatorio era por inmersión del hombre hecha por el mismo Juan en el río. Dábales este bautismo para que se preparasen a obtener el perdón de sus pecados. Con este fin les exigía dolor de ellos y verdadero arrepentimiento, confesión de sus pecados y que creyesen en el Mesías que había de venir después de él.

Según el mismo San Juan lo indicaba, la orden de bautizar la recibió de Dios Nuestro Señor, y entre las cosas que se le dijeron en el Desierto cuando se le mandó salir al pueblo, una fué esta. «El que me envió a bautizar con agua me dijo: Aquél sobre quien veas bajar al Espíritu y permanecer sobre él, aquél es el que bautiza en el Espíritu Santo».

No era ciertamente el bautismo de Juan sacramento como el de Cristo, que recibimos nosotros, ni por él se confería gracia santificante, ni se quitaba el pecado original. Sino que solo era un rito religioso, que por medio del recuerdo y dolor de los pecados, de la humildad y la oración, sensibilizados y especialmente atendidos por Jehová, disponían el alma a la penitencia y remisión de los pecados.

44. LA VOZ DEL QUE PREDICA EN EL DESIERTO

(L. 3, 7-15; Mc. 1, 6-8; Mt. 3, 7-12; Act. Ap. 13-25.)

Este bautismo y esta penitencia iban precedidas de una fervorosa predicación de Bautista, que día tras día estaba sin cesar repitiendo al pueblo el mismo tema: «Preparad el

camino a Jehová, ponedle un camino recto, sin estorbos, sin quebradas, sin torceduras, sin asperezas; porque ya viene detrás de mí».

Y al oír esto ansiosas, fascinadas, conmovidas, preguntaban las turbas: «¿Pues qué tenemos que hacer?...»

En primera fila, haciendo alarde de buena voluntad, pero llenos de soberbia secreta, se presentaban los fariseos y saduceos, según parece no con las mejores disposiciones de ánimo; y tal vez, mientras la plebe sencilla confesaba sincera y llanamente sus faltas, ellos ocultaban las suyas, como si fuesen santos, pues por tales se tenían y querían ser tenidos. Mas lleno de santo celo el Bautista, que penetraba sus almas, lanzaba sobre sus frentes pecadoras el rayo de su ira santa, y la vergüenza de los pecados que ellos no habían confesado y les decía:

«Hijos de víboras! quién os ha enseñado a huir de la venganza que va a descargar en vosotros? Dad, pues, fruto verdadero de penitencia. No digáis eso que estáis murmurando: «Nosotros somos hijos de Abraham», con eso no adelantáis nada, «porque Jehová puede sacar hijos de Abraham de esas piedras. Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol, que no dé fruto bueno, será arrancado y echado al fuego».

Volvíanse los fariseos y saduceos tal vez tan impenitentes como antes, mientras la plebe conmovida, y temblando de lo que les diría a ellos, pues a los fariseos tan duramente los había tratado, humilde preguntaba a su vez: «¿Pues qué tenemos que hacer?» Y respondiendo Juan, les decía: «El que tiene dos túnicas dé una al que no tiene ninguna, y el que tiene comidas haga lo mismo». Porque en verdad este era uno de los grandes pecados de entonces, que algunos tenían demasiado y no daban al que no tenía nada.

Y venían en grupo los publicanos. Los publicanos que también figuran muchísimo en la historia de la bondad de Jesucristo, eran los empleados que recaudaban los tributos públicos. Hombres de alta posición los principales, pertenecían en Roma al orden ecuestre. En cambio sus subalternos de posición humilde, aunque recibían el mismo título y denominación de publicanos, pero ni tenían su dignidad y eran por lo común gente tramposa, fraudulenta, y que abu-

saba de su cargo para satisfacer su sórdida codicia. Eran el tipo del pecador y del injusto.

Conmovidos por las predicaciones de Juan, pues no eran tan duros de corazón como los soberbios fariseos, preguntaban con humildad al Bautista: «Maestro, ¿qué haremos nosotros?» Y les respondió San Juan: «No recaudéis sino lo que se os ha señalado».

Y por cierto que estos pobrecitos creyeron y obedecieron a San Juan, al paso que los soberbios fariseos le despreciaron como se lo dijo más tarde Jesucristo a ellos mismos: «Los publicanos y las meretrices van a entrar antes que vosotros al reino de Dios, porque también Juan vino a vosotros enseñándoos el camino de la virtud y no le creísteis, al paso que los publicanos y las meretrices le creyeron. Y después, ni aun viendo el ejemplo de estos, os habéis arrepentido para creer».

En fin, tras los publicanos «venían los soldados diciendo: Y nosotros ¿qué haremos? No hagáis daño a nadie, les dijo, ni calumniéis a ninguno, y contentaos con vuestro sueldo» sin que prevaleciendo de vuestra fuerza y posición maltratéis a nadie por sacar algo.

Todo esto tenía al pueblo en expectación ansiosa, y andaban todos sospechando si aquel hombre sería por fin el Cristo. Pero a todos respondía Juan y decía en voz alta:

«Yo os bautizo en agua para arrepentimiento de vuestros pecados, pero viene ya el que es más fuerte que yo, a quien yo no merezco ni soltar la correa de su sandalia echándome por los suelos. Yo os he bautizado en agua, aquél os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego», es decir, con un bautismo que os dará la gracia abundante del Espíritu Santo y el fuego de su ardiente caridad.

Y como los más que le oían eran labradores, tomando comparación de la trilla, les decía: Os advierto que «traer el biello en su mano, y viene a limpiar su era, viene a juntar su trigo en el granero, y á quemar la paja en fuego inextinguible».

«Y como éstas evangelizaba otras muchas cosas al pueblo exhortándole».

45. BAUTISMO DE JESÚS

(L. 3, 21-22; Mt. 1, 9-11; Mt. 3, 13-17.)

No era Galilea de donde menos venían a bautizarse con San Juan. Hubo, como después veremos, algunos galileos que se hicieron sus discípulos, como San Andrés, San Juan, tal vez sus dos hermanos y otros. Y sin duda que en Nazaret resonó muchas veces la fama de aquel profeta extraordinario, el primero que, después de Malakías, hacía ya más de cuatro siglos y medio se presentaba. Y ora con uno, ora con otro motivo bajarían muchos galileos de Nazaret a ver aquel portento y oír aquella palabra de fuego y ser bautizados por aquel enviado de Dios.

Entre tanto aquél, por quien hacía Juan todo esto, desconocido de todo el mundo, seguía trabajando en su taller en silencio aguardando también él su hora.

Pero un día, como a los seis meses de la predicación de Juan, en el mes de Enero despidiéndose, según podemos creer, de su Madre, dejando sus herramientas, se reunió probablemente a alguna caravana que iba a ver al Profeta, y confundido en ella como uno de tantos, bajó también Jesucristo al Jordán a manifestarse por fin como Mesías, a comenzar su carrera evangélica, dando ya la Buena Nueva él por sí mismo, una vez que su Profeta le había preparado el camino.

Como nadie le tenía más que por un carpintero de tantos, nadie se extrañaba de verlo en compañía de los demás. Presentóse, pues, en un grupo al bautismo. Y tal vez el Bautista sin conocerle le exigió como a los demás la confesión de sus pecados... Inútil indagar mucho de lo que allí pasó. Los evangelistas nos dicen pocas cosas; no escriben para saciar nuestra curiosidad, sino para fundar nuestra fe y santidad.

San Juan decía después un día hablando de este hecho con sus discípulos:

«Yo no lo conocía, pero el que me mandó a bautizar en agua me dijo: aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y permanecer sobre él, aquél es el que bautiza en el Espíritu

Santo. Y yo lo ví y dí testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

Todavía, sin embargo, antes de bautizarse, no había bajado la paloma y Juan parece que le conoció de alguna manera. ¿Le conoció del todo? le conoció después? vió en él todavía sólo un hombre santo indigno de ser por él bautizado, digno más bien de bautizarle a él? conjeturó entonces lo que después supo ciertamente? son cuestiones delicadas que tratan los Doctores y difíciles de explicar en este sitio. Lo que no se puede negar es que de algún modo, más o menos, lo conoció. Por lo cual, cuando se le presentó para que lo metiese en el agua como a los otros, Juan al ver al Justísimo que no podía confesar, como los demás, pecados, porque no tenía ninguno, «le impedía bajar y le decía:

—«Yo soy el que tengo necesidad de ser por tí bautizado! y tú vienes a mí?»...

«Pero respondióle Jesús y le dijo:

«—Déjalo todavía, porque de esta manera nos conviene cumplir con toda la santidad».

«Entonces le dejó bajar. Y fué bautizado Jesús por Juan en el Jordán. Y una vez bautizado subió Jesús del agua, y al punto, estando orando, se abrieron para él los cielos, y vió al Espíritu Santo en figura corporal como una paloma que bajaba y permanecía sobre él. Y enseguida se oyó una voz del cielo que decía: Este es el Hijo mío, el amado, en el que me agrado» es decir, por quien me reconcilio con el mundo y los pecadores, a quienes, si no por mi Hijo, aborrecería.

No dice el Evangelio si vieron esta paloma sólo Jesús y Juan ó si la vió todo el pueblo que allí estaba. Algunos dicen que sólo la debieron ver Jesús y Juan, pero los más creen que la vió todo el pueblo que presenciaba aquel acto.

«Tenía Jesús entonces unos treinta años».

46. LA CUARESMA DE JESUCRISTO

(Mt. 4, 1-2; Mc. 1, 12-13; L. 4, 1-2)

«Bautizado Jesús volvió lleno del Espíritu Santo del Jordán, y al punto fué llevado por el Espíritu al desierto para que fuese allí tentado por el diablo. Y estaba en el

desierto cuarenta días y cuarenta noches, y era tentado por Satanás, y pasaba con las bestias, y no comió nada en aquellos días, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre».

Estamos en uno de los pasos más misteriosos y profundos de la vida de Nuestro Salvador. Muchos y muy profundos y estupendamente misteriosos tenemos que recorrer, pero ciertamente Jesucristo tentado por el diablo es uno de los más hondos abismos de humildad a que pudo descender Nuestro Señor.

Aunque todo cuanto hizo Jesucristo lo hizo a impulso del Santo Espíritu, pero en este paso en particular parece que el mismo Evangelio nos lo quiso indicar expresamente, para que viésemos que el haberse dejado tentar fué consejo y disposición de la providencia, no como quiera, sino muy particular.

Fué, pues, Jesucristo llevado al desierto por el Espíritu. Desierto era donde había sido bautizado, pero con la predicación de Juan había dejado de serlo por entonces, y Jesucristo se retiró a un sitio mucho más interior y solo.

Según las tradiciones más indicadas, y no vemos razón poderosa para abandonarlas, el sitio a donde Jesucristo se retiró fué el monte que hoy y desde muy antiguo se llama, por recuerdo, de la Cuarentena. No lejos de donde fué bautizado, a una hora de Jericó, aislada, abrupta, llena de grutas salvajes, escarpada y desprovista de vegetación se levanta esta montaña venerable en la que se cree que Jesús hizo penitencia. Los pocos que a ella se atreven a subir admiran desde su cima por un lado las extensas llanuras de Jericó, el curso sinuoso del Jordán, su desembocadura en el Mar Muerto, y gran extensión del lago maldito, y por el otro un revuelto conjunto de montes y quebradas agrestes.

Hoy no es accesible la cumbre sino a los arriesgados, y sin duda ninguna que aun en tiempo de Jesucristo sería muy difícil la subida.

Subió, pues, allá Jesucristo y empezó su Cuaresma sin más compañía que las bestias del desierto. El león y el oso, el jabalí y la hiena, la onza, el lobo y el zorro, y sobre todo manadas de chacales, eran en aquellas soledades los

únicos compañeros que en la falda del monte se albergaban. Según su costumbre al oscurecer lanzarían los chacales su lúgubre concierto de ladridos, que suele durar bastante rato, y éste y los rugidos de los demás animales que salían, reñían, entraban o descansaban en sus grutas, sería lo único que perturbaría el silencio de aquella montaña.

Desde la cumbre veía el Salvador las turbas que a lo largo del Jordán seguían acudiendo a ser bautizadas por su Precursor, que perseveraba más celoso aún, preparándole con su predicación el camino, y se conmovió su Corazón divino contemplando la necesidad que el orbe entero tenía de su doctrina y de su gracia.

Por él, por redimirlo, y por darle ejemplo de mortificación y penitencia, ayunó cuarenta días y noches, sin tomar en ellos absolutamente nada.

No sintió, sin embargo en todo este tiempo el hambre, y sostúvose milagrosamente, sin duda, en la vida, muy superior a aquellos santos que duraron en éxtasis largo tiempo, sin sentir hambre, ni sed, ni fatiga en medio de sus raptos...

Pero después de pasados los cuarenta días sintió el efecto del ayuno, y tuvo hambre y de seguro sed y debilidad y fatiga intensa y extraordinaria. El que vino a darnos ejemplo de vida nos enseñó la penitencia, a buscar la soledad y el retiro con Dios, a privarnos a tiempo de las delicias aun lícitas de la vida, a sufrir hambre y sed cuando sea voluntad de Dios.

Durante todos aquellos días oró el Salvador continuamente, y oró, sin duda, por nosotros, y suplicó por toda la humanidad prevaricadora para que el Padre tuviese de ella compasión y se salvaran los hombres más pecadores, mediante el apostolado y la redención a que Jesucristo en aquel retiro se estaba preparando.

47. LA TENTACIÓN

(L. 4, 3-13; Mc. 1, 13; Mt. 4, 3-11)

Pero más que los ayunos, y el hambre, y la oración de Jesucristo parece que nos indican el amor que nos tuvo, la humillación a que por nosotros quiso sujetarse, de dejarse

tentar, por la más abyecta criatura que es el Demonio, por su más abominado esclavo el Diablo.

Tal fué Satanás.

Muchos son los nombres que recibe en la Sagrada Escritura. Además de su nombre de Satanás o adversario y mal enemigo, es llamado demonio (sabio), nombre que los griegos daban a divinidades o seres intermedios entre los dioses y los hombres, fuesen malos o buenos, diablo, calumniador, belzebú (dios de las moscas, de la mansión o del sacrificio), dragón o serpiente antigua, tentador, maligno, adversario, espíritu inmundo, príncipe de las tinieblas, malicia espiritual, belial.

Angel un tiempo del cielo y dotado de singulares prerrogativas naturales y de gracia abundantísima según nos enseña la Sagrada Teología, pecó en el tiempo de la prueba y el camino de la gloria, y como dice San Judas, no supo conservar su principado, y fué derrocado al infierno con todos los compañeros de su prevaricación y rebeldía. Parece lo más probable que la culpa que cometió consistió en creer que él mismo sin auxilio ninguno del Omnipotente, y sin necesidad de gloria y dicha sempiterna se bastaba á sí mismo para su felicidad natural, sin necesidad de sujetarse a los mandamientos que también a él como a nosotros le puso Dios como prueba para admitirle o no en la gloria.

Sea de esto lo que quiera, lo que no puede negarse es que se rebeló y negó a obedecer y servir a Dios, que pecó, que fué condenado, que vive con innumerables compañeros de su rebeldía en el infierno, que conserva sus eminentes talentos y facultades naturales, que, permitiéndolo Dios, tienta a los hombres y los incita al mal y ejerce en el mundo no pocas veces su acción y aplica sus facultades y sus artes para molestar al género humano; que él fué quien hizo prevaricar a Adán, y quien hace prevaricar a otros muchísimos hombres con sus artificios, y valiéndose de los atractivos del mundo, de las concupiscencias de nuestra carne, defectos de nuestro espíritu y debilidad de nuestra caída naturaleza.

Sin duda que estaría curiosísimo y deseando saber cuándo vendría el que había de redimir al mundo y ser el Me-